

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ



Desde adentro

Número 10 / Marzo de 2008

La historia de la señora Cornelia

Por Eugenio Perea García

“A mi hija tuve que sepultarla en el patio trasero de la casa”– comenzó su relato – la señora Cornelia con su cara ancha, huesuda y su piel ajada por el tiempo, el día que me la encontré casualmente en una casona vieja de Quibdó, donde funciona una oficina que atiende problemas de desplazados. Me llamó la atención su vestido satinado de color anaranjado, con boleros azules en las mangas y la falda.

“La enterré allá junto al galpón donde alguna vez criábamos gallinas – dijo – en la época en que ni siquiera sabíamos qué eran actores armados. Apenas tenía once años cuando murió de física hambre”.

“Antes de venirme de allá de Paloblanco, coloqué una cruz amarrada con bejuco de potrè en el promontorio de tierra que identificaba su tumba, y sembré una mata de ruda para alejarle las brujerías y los malos espíritus, siguió su relato la señora Cornelia. Me tocó velarla a mi solita bajo el compás de una lluvia sin trueno y la densidad de una noche espesa, sin siquiera una vela para alumbrarme. La metí dentro de un cajón que improvisé de tablas viejas, que arranqué del piso de la casa y la dejé caer suavemente al hueco que yo misma había empezado a cavar, tres días antes, cuando entendí que ya no había nada que hacer”.

“Teníamos cinco hijos, cuatro hombres y esa mujercita, era la menor, *la secaleche* como decimos acá; tres de ellos desaparecieron misteriosamente sin dejar rastro, pero mi corazón de madre no me avisaba que estuvieran muertos. Después nos dijeron a Menelio y a mí, que casi todas las noches se reunían con los guerrilleros en una casa desbambada, alejada del pueblo; yo estoy segura que esos malditos los enrolaron a sus filas, junto con otros muchachos inocentes”.

“A Menelio, mi marido, lo asesinaron el mismo día que mi muchacha llegó temblando, con el cuerpo revolcado y la cara hinchada por el llanto; traía una ropa prestada porque la que se llevó puesta, ese día que la mande sola al caserío, a comprar sal y panela y a llevarle una encomienda a mi comadre Cornelia, los malditos que me la ultrajaron, mancillando su inocencia, se la rompieron toda en el forcejeo. A ella también le desgarraron el honor y la dignidad; porque mi pobre muchachita, jamás volvió a levantar la cara para mirarme el rostro; eso le creó una amargura tan dura que la sumió en una tristeza eterna”.

“Ese día Menelio salió como un loco pa'l el caserío, en su champa, a reclamar, pero no lo dejaron ni llegar, lo recibieron con varios balazos en el pecho. Yo no me atreví a ir por su cuerpo, porque no sabía que podía ocurrir viéndolo ahí sangrado, tirado patas arribas en ese barro resbaloso de Paloblanco. Esperé pacientemente, sin una lágrima pero con el corazón destrozado, a que pasara su cadáver río abajo arrastrado por la corriente, para rescatarlo y sepultarlo dignamente; pero no pasó, como ya era una costumbre, ver bajar muertos preñados y carcomidos por una nube de gallinazos. Lo esperé con el rosario en la mano, sentada en una banqueta a la orilla del río, durante los nueve días con sus noches del novenario. Después supe que los paramilitares habían tirado su cuerpo a una ciénaga llena de babillas y que quienes estaban presentes sólo vieron brotar los borbollones de sangre, enrojando las aguas”.

“A Menelio lo conocía hacía tiempo, desde mi infancia; era un negro buen mozo, alto y peliliso; nos enamoramos en Paloblanco, el caserío, en la algarabía de un baile de chirimía. Dos meses después, antes de darme cuenta que estaba encinta, estábamos viviendo juntos en una casita de palma y madera, de zancos altos, para evitar los embates de las crecientes repentinas del río Atrato”.

“Nadie nos dijo que esa tierra era nuestra o de algún pariente, pero tampoco nadie se opuso, cuando Menelio y yo con machete en mano, pala y azadón, limpiamos un lote, hicimos un clarito en el monte, levantamos una ranchita de paja, y nos metimos allí como pudimos. Estábamos a sólo media hora a remo de canoa y palanca del caserío, y escasas tres de Vigía del Fuerte, donde había escuelas, colegio, la iglesia, las tiendas y los bailaderos”.

“Menelio era un hombre de trabajo. Yo le ayudaba en el campo junto con uno de los muchachos, el más apegado a nosotros; él le tenía miedo a esa gente, por eso, se cuidada de ir al pueblo. A ese me lo mató una mina quiebrapata, un día de esos que fue a acompañar al papá a cazar monte adentro; él era el encargado de cortar la leña, darle de comer a las gallinas, pilar el arroz, mientras yo me ocupaba de los quehaceres de la casa”.

“Fue ahí cuando empezó a escasear la comida en el rancho, porque Menelio se tiró al abandono; no volvió más al monte con la escopeta hechiza a cazar la guagua, el armadillo o guatín que pelábamos y luego de salarlos, montábamos la carne a la barbacoa para que recibiera el humo leñero del fogón; ni se acordó más de la atarraya y el copón para la pesca diaria; y lo que más me dolió, fue que no aprovechó más las subidas, cuando el pescado se apretaba en el río y nosotros cogíamos tantos que hasta regalábamos; devolvíamos al río los pequeños, el resto lo secábamos abiertos y salados al sol y lo vendíamos atados por arroba en Quibdó, que estaba a tres días en canoa. Era la única oportunidad que tenía, de ir a la ciudad”.

“Como le decía, Menelio no hacía más que beber y beber y hasta me pegaba en sus constantes borracheras. Yo me fui enflaqueciendo tanto que parecía una espina. Las plantaciones de yuca, plátano y maíz se secaron por falta de cuido, nos fuimos quedando en la miseria y acorralados por esos grupos armados: guerrilleros, paramilitares y soldados”.

“Eso nos pasó a todos. La gente tenía miedo de salir por las amenazas y los enfrentamientos entre ellos. Eso fue mucho antes de que la guerrilla en su batalla con los paramilitares matara ese poco de gente refugiada en la iglesia de Bellavista. Hacía años nos estaban echando, matándonos del hambre. Prisioneros como estábamos no podíamos volver a nuestras parcelas por temor a las minas quiebrapatas, a las balas perdidas y al acoso”.

“Nos esperaban en los retenes, nos requisaban hasta la intimidad a las mujeres con un sobajeo descarado, y nos quitaban casi todo lo que llevábamos porque esos malditos guerrilleros nos acusaban de colaborarle a los soldados y a los paramilitares, los paramilitares que a la guerrilla, y los soldados nos veían como unos guerrilleros o paracos solapados y nos daban contra el mundo”.

“Todavía me duele en el alma la manera como murió el abuelo Eulogio; el vivía sólo en su ranchito, caminaba encorvado por el peso de los años, pero a pesar de su edad todavía iba al monte, cortaba su madera y se mantenía; hasta que esos malditos lo amenazaron. No se sabe cuanto tiempo permaneció tomando aguasal para sostener el cuerpo. Nos dimos cuenta por la herentina, que empezó a sentirse por todo lado. Lo enterraron en el caserío sin velorio y sin rezarle un rosario. Quedó como los niños que mueren desnutridos, chupándose los dedos con la barriga trepada y la piel pegada a los huesos”.

“Yo no le puedo decir que el gobierno sabía de esas muertes – me respondió cuando le pregunté – a lo mejor sí, pero como somos negros y pobres, se hizo el desentendido. Ahora oigo diciendo por la radio, que acá en el Chocó los niños se están muriendo de hambre. ¿Eso cuándo es de ahora?”

“Vea, yo tengo que irme a una reunión, por eso me puse este vestido que usted se queda mirando tanto, éste me lo regaló una señora gorda que tiene un grupo de baile, me lo dio una vez que pasé por su casa buscando qué hacer, alguna ropita para lavar o planchar; limpiar el patio, en fin, cualquier cosita. Ella se condolió de mi fachada así desmilanchada, sucia, descalza, y fue por eso que me trajo este vestido de cantante folklórica y me lo entregó junto con dos plátanos maduros y un arroz trasnochado que echó en un tarro de avena vacío, eso me cayó con un sonido hondo en el estómago; al vestido le cogí unas pinzas para que me quedara al cuerpo. ¿Cierto que me queda bonito?”, me dijo antes de irse, como desfilando, con su vestido satinado de color anaranjado, con boleros azules en las mangas y la falda.